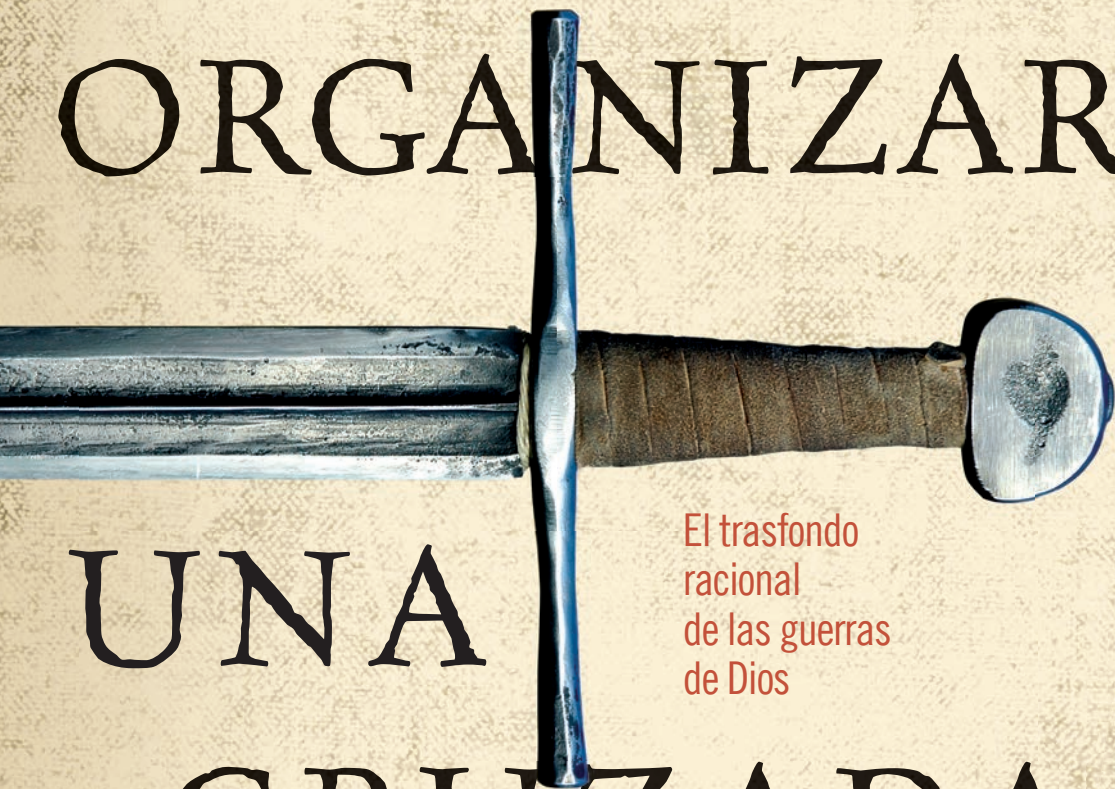


CÓMO ORGANIZAR



El trasfondo
racional
de las guerras
de Dios

UNA

CRUZADA

CHRISTOPHER
TYERMAN

Cómo organizar una cruzada



Christopher Tyerman

Cómo organizar una cruzada

El trasfondo racional
de las guerras de Dios



Traducción castellana de
Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: noviembre de 2016

Cómo organizar una cruzada
Christopher Tyerman

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *How to Plan a Crusade*

Original English language edition first published by Penguin Books Ltd, London.
© Christopher Tyerman 2015. The author has asserted his moral rights. All rights reserved

© de la traducción, Tomás Fernández de Aúz y Beatriz Eguibar, 2016

© Editorial Planeta S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-16771-25-7
Depósito legal: B. 20.751 - 2016
2016. Impreso y encuadernado en España por Egedsa

Índice

<i>Prefacio</i>	9
<i>Cronología</i>	11
<i>Lista de ilustraciones</i>	15
<i>Lista de mapas</i>	19
Introducción	29
1. Imágenes de razón	41

JUSTIFICACIÓN

2. El establecimiento de los argumentos de legitimación de la guerra.	69
---	----

PROPAGANDA

3. Publicidad	119
4. Persuasión	155

RECLUTAMIENTO

5. Enrolamiento y recompensa	213
6. ¿Quién iba a las cruzadas?	247

FINANCIACIÓN

7. Los costes de una cruzada	291
8. El sostenimiento económico de las expediciones	327

LOGÍSTICA

9. Coordinación	367
10. Salud y seguridad	389
11. Suministros	407
12. Estrategia	437
Conclusión	467
<i>Notas</i>	473
<i>Bibliografía</i>	555
<i>Índice analítico</i>	579

1

Imágenes de razón

Desde los tiempos de la Reforma, críticos y apologetas han compartido una misma fascinación por la extremosa mezcla de religiosidad y violencia que anima las cruzadas. Ya se la juzgue prueba de nobleza o de alucinación, signo de barbarie o de coraje, gesto de honestidad o de hipocresía, resultado de la fe o la ingenuidad o aun muestra de entrega o corrupción, lo cierto es que la mentalidad religiosa de los cruzados nunca ha dejado de suscitar el más vivo interés.¹ Menos intensa ha sido la atención que se ha prestado en cambio —dejando a un lado la instrucción militar— a su paisaje intelectual, sus facultades especulativas o su educación. La moderna imagen del caballero medieval lo presenta con demasiada frecuencia como al caricaturesco recortable de un fornido matón envuelto en soberbios ropajes y brillantes (o sanguinolentas) armaduras, ocupado en posar por lo demás con extravagantes gestos de marcial o romántica gallardía —lo que lo convierte en todo un preterido personaje susceptible de suscitar nuestra admiración pero también de permitirnos un discreto mohín de superioridad—. El cruzado acostumbraba a parecernos particularmente extraño debido a su fe en que la salvación habría de llegarle en combate, matando en nombre de Dios. La fuerza de los hechos ha determinado recientemente el inicio de un vuelco en esta incompreensión. La organización de la actividad cruzada nos revela un aspecto diferente. Para librar con éxito una guerra es preciso tener experiencia, conservar la cabeza fría y ser capaz de razonar, tanto en términos conceptuales como empíricos, nociones que en la Edad Media se entendían con la misma claridad con que puedan aprehenderse hoy.²

UNA INFRAESTRUCTURA DE RAZÓN

El ejercicio de la razón exige una activa organización del intelecto, además de perspicacia y capacidad de deducción. La simple observación de los fenómenos, o la recopilación puramente pasiva de la información, únicamente redundan en una racionalización significativa si se ordena lo registrado con la pertinencia necesaria para poder extraer conclusiones. De lo contrario, los datos recogidos no pasarán de ser una mera colección de anécdotas aleatorias. La razón persigue la verdad por medio de la indagación. No es casual que dos de los términos más de moda en las jergas eruditas, filosóficas, jurídicas e incluso políticas del siglo XII fueran *inquisitio* (averiguación) y *veritas* (verdad). Se ha dicho que el carácter central que muestra, desde el punto de vista social, la pesquisa racional «es un legado que la baja Edad Media transmite al mundo moderno [...], además del secreto mejor guardado de la civilización occidental».³ La razón puede aplicarse tanto al pensamiento abstracto como a la observación empírica. Buena parte de la actividad racional moderna da por supuesto que su carácter es esencialmente intelectual, puesto que consiste en reunir pruebas destinadas a convencer de una verdad a otras personas racionales, utilizando para ello un método que no solo es transparente sino que se halla asimismo al alcance de todos. En una sociedad que entendía que el mundo era una creación de Dios y que estaba regido por un orden igualmente divino, la razón poseía una faceta ética —la encaminada a determinar cuál es el mejor modo de llevar una vida decente—, además de lo que Eugene Weber ha denominado racionalidad valorativa o acción racional con arreglo a valores o convicciones, y de un conjunto de sistemas racionales de naturaleza formal y cerrada, como el derecho y los procesos jurídicos.⁴ La racionalidad no es ni estática ni inmune a la influencia de la sociedad. En un texto muy conocido, Alexander Murray adscribió el ascenso de la razón en la cultura medieval a la confluencia de las aspiraciones sociales con la posibilidad de mejorar la propia posición y el hecho de que la comercialización de la economía confiriera a las matemáticas un papel cada vez más importante.⁵ El contexto social y cultural es un elemento de capital relevancia para valorar el uso de la razón en la

Edad Media. Puede que la razón revele ser absoluta, pero sus manifestaciones son contingentes.

Lo contrario de la razón no es una amalgama de ignorancia, deseo, apetitos, emociones o experiencias —ni siquiera puede considerarse que lo sea la negación de la evidencia—, sino, como bien ha sugerido Edward Grant, la revelación.⁶ Buena parte del esfuerzo intelectual de la Edad Media central habría de dedicarse a la búsqueda de un equilibrio entre estas dos fuerzas. La aceptación de la existencia de un Dios Creador no excluía el estudio racional de Su mundo, es decir, de la naturaleza, del mismo modo que la convicción de que no existe Dios alguno tampoco impide el examen del fenómeno religioso. No obstante, lo que sí conllevaba inevitablemente la creencia en Dios era la ponderación de aquellas intervenciones Suyas que parecían anular el orden natural que Él mismo había instituido —esto es, los milagros—. Pese a que esos signos de la inmanencia divina admitiesen una explicación racional, como trataría de hacer Tomás de Aquino, lo cierto es que irían quedando paulatinamente incluidos en una categoría independiente —la de los acontecimientos «sobrenaturales», un término que se acuñaría en el siglo XIII y que constituye un elogio, no exento de doble intención, al progreso del estudio racional del hombre y la naturaleza—. ⁷ Uno de los errores de la época moderna consiste en dar por supuesto que el hecho de que una premisa sea actualmente considerada falsa o inaceptable implica necesariamente que todo razonamiento que parta de tal premisa ha de quedar por fuerza teñido de irracionalidad. En la Europa occidental, la integración de la filosofía científica, política y ética del sabio griego Aristóteles en el pensamiento cristiano fue el elemento que vertebró el proyecto académico más importante del siglo XIII. Ese habría de ser el empeño en el que hallara fundamento la teología del Aquinatese, el filósofo más influyente de la época. Es posible que la interpretación que hace Aristóteles del mundo natural sea incorrecta, pero desde luego no es irracional. Aristóteles solo se habría mostrado poco razonable en caso de que teniendo ocasión de conocer la astronomía copernicana, la física de Newton y de Einstein, la biología darwiniana y todo lo demás, hubiera dado en persistir después en sus teorías. Negarse a aceptar las pruebas objetivas es irracional, pero no tratar de hallarle

un sentido a lo que uno cree observar o saber. Y como ya hemos dicho, la ignorancia, en tanto que falta de información, no es irracional *per se*.

De hecho, lo que en esta época vino a espolear el deseo de intensificar la investigación racional en los campos de la teología, la filosofía y el derecho canónico fue precisamente la convergencia de la ambición social y la sensación de que no se había alcanzado en esas materias una comprensión adecuada. Pongamos un ejemplo: el argumento ontológico que Anselmo de Canterbury expone en su *Proslogion* (1077-1078) viene motivado por la necesidad de ofrecer una prueba racional de la existencia de Dios —una necesidad que habla por sí misma de la realidad del escepticismo medieval, ya fuera fruto de la constatación fáctica o resultado de una simple percepción—. ⁸ Uno de los primeros en emplear la técnica formal de la investigación escolástica mediante el examen de los textos de las autoridades acreditadas en la materia para poder así explorar, explicar y resolver el mayor número posible de contradicciones y dificultades fue Pedro Abelardo, sobre todo en su obra titulada *Sic et Non* (es decir, «Sí y No», c. 1121) —en la que incluye la clásica fórmula de la conducta racional: «por la duda llegamos al estudio, y por el estudio percibimos la verdad»—. La primera pregunta que se plantea en ese escrito es la siguiente: «¿Debe la razón completar la fe de los hombres o no?». ⁹ Esta fórmula interrogativa constituía la base del método escolástico que acabaría dominando la investigación académica en las universidades que empezaron a surgir, en número creciente, en el transcurso de los siglos XII y XIII. El programa curricular de la universidad se apoyaba en dos modalidades diferentes de debate racional, ambas derivadas de la educación clásica. Consideradas en conjunto formaban lo que se conocía con el nombre de Artes Liberales: literarias en el caso del Trivium (gramática, retórica y lógica); y matemáticas en el del Quadrivium (aritmética, geometría, música y astronomía —aunque esta última denominación deba entenderse como «astrología», para ser exactos—). Los hombres que se formaban en estas disciplinas estaban llamados a desempeñar un papel central en las cruzadas, tanto en calidad de asesores como de organizadores y actores directamente implicados.

El hecho de apostar más por la investigación racional que por la respetuosa aceptación de la Verdad revelada no era una característica

exclusiva de los escolásticos (en cuyas filas militaban también algunas mujeres). El empleo, los beneficios y los imperativos del pensamiento racional estaban presentes en el conjunto de la sociedad. La época de las cruzadas —que arranca a finales del siglo XI— coincide con la adopción, por parte del mundo laico, de los hábitos asociados con el pensamiento y la conducta racionales. En su expresión más básica, esta actitud apenas iba más allá del admirado culto a la reflexión y la medida, elevadas a la categoría de virtud en la noción de prudencia, o *prudentia*.¹⁰ Esta sabiduría mundana podía alcanzarse por medio de la educación, el conocimiento o la experiencia, todos ellos elementos útiles —ya fuera en la tesorería del comerciante, en el taller del arquitecto y el ingeniero o en las disquisiciones que jueces o jurados debían efectuar en los tribunales—. Las curias eclesiásticas se ocupaban de buscar testigos, consultar documentos y escuchar las alegaciones de las partes antes de que el juez llegara a un veredicto. Cada vez era más frecuente, como se observa por ejemplo en Inglaterra, que las formas procesales tradicionales vigentes en los juzgados laicos —basadas en la ordalía o en la celebración de combates— fueran dando paso —imitando en parte lo que ya se venía haciendo en los tribunales eclesiásticos— a la organización de sesiones destinadas a auditar las pruebas y a escuchar las declaraciones que los testigos hacían bajo juramento —y todo ello apoyado por los miembros del jurado, encargados de certificar la veracidad de los hechos—. Se esperaba siempre que los señores, incluso los más cerriles, administraran justicia de un modo que, pese a adolecer de un sesgo notable, no cayera necesariamente en la más completa arbitrariedad. Del mismo modo, en la gestión de las fincas, la gobernación de los aparceros y la afirmación de los derechos, la razón constituía un instrumento muy útil, un instrumento con el que estaban muy familiarizados tanto los caudillos cruzados como los caballeros que les seguían.

Pero el uso de los sistemas de comprobación racional no se circunscribía exclusivamente a los tribunales de justicia. Los críticos del período medieval señalan con frecuencia que las reliquias eran uno de los aspectos de la religión medieval más extravagantes y más claramente debidos a la peor de las ignorancias, enumerando a renglón seguido la devoción a toda una serie de astillas de madera, lascas de piedra, sucios

andrajos y fragmentos anatómicos tenidos por elementos de conexión con Dios y formas de contacto con la eternidad. Las propias autoridades de la Iglesia medieval compartían algunas de estas ansiedades. La autenticidad resultaba crucial para la conservación de la eficacia de las reliquias y de los sistemas de creencias en que estas se hallaban insertas. La historia de las dudas de los cristianos y de su exigencia de pruebas se remonta a los orígenes del propio cristianismo —y da fe de ello la peripécia vital de Tomás apóstol—. Uno de los episodios más famosos de la primera cruzada muestra lo controvertido y perturbador que podía llegar a ser el proceso de autentificación, así como la urgencia con la que se imponía la necesidad de hallar una solución objetiva. Hubo quien quiso ver en el descubrimiento, aparentemente milagroso, de la supuesta Lanza Santa (la punta metálica del venablo que según la tradición habría perforado el costado de Cristo en la Cruz) en junio de 1098 en Antioquía el elemento inspirador de la posterior y capital victoria que obtuvieron los cruzados, contra todo pronóstico, sobre las huestes del atabeg (o gobernador turco) de Mosul. Sin embargo, los escépticos cuestionaron desde el principio tanto la autenticidad de la reliquia como la validez de las visiones que supuestamente habría tenido su descubridor, Pedro Bartolomé. Dichas incertidumbres, estimuladas por las rivalidades políticas que agitaban el bando cruzado, a punto estuvieron de dar al traste con la expedición. La medida que se tomó varios meses más tarde, centrada en tratar de zanjar la cuestión procediendo a realizar una prueba judicial consistente en someter a Bartolomé a una ordalía de fuego acabó, como solía suceder con este tipo de comprobaciones, con opiniones divididas respecto al resultado. La prueba exigía que Bartolomé atravesara un angosto pasillo de maderos en llamas llevando consigo la presunta reliquia.

Su supervivencia probaría que la Lanza era auténtica. El caso es que Bartolomé falleció tras la ordalía. Sin embargo, sus partidarios insistieron en que sus heridas no habían sido provocadas por el fuego sino que se debían al hecho de haber sido aplastado por una turba de espectadores enfebrecidos. Años después, la acritud generada por la falta de un veredicto compartido por todos seguiría salpimentando las crónicas de quienes referían los hechos desde las dos ópticas en liza.¹¹

Pese a haberse saldado con un fracaso, el empeño destinado a resolver la controversia relacionada con la Lanza Santa se desarrolló de un modo racional y con métodos judiciales a fin de abordar las dudas de la manera más imparcial posible y alcanzar así una comprensión transparente, consensuada y objetiva del veredicto divino. Esta forma de proceder imitaba las políticas que generalmente seguía la Iglesia para separar el grano de la paja y discernir los diabólicos engaños que podían agazaparse tanto en las reliquias falsas como en las que se vendían o robaban. Uno de los más eruditos y entusiastas cronistas de la Primera Cruzada, Guiberto de Nogent (*c.* 1060-*c.* 1125), compuso una obra perfecta en la que tiraba por tierra las reivindicaciones de la iglesia de Saint-Médard, en Soissons, que afirmaba poseer uno de los dientes de leche de Cristo. Las reliquias representaban un gran negocio. Dado que atraía a los peregrinos, y a que estos estaban dispuestos a pagar por verla, una reliquia considerada auténtica podía lograr que el templo o el monasterio en el que se exhibiera hiciera una fortuna. Este problema se vería agudizado en 1204 tras tomar Constantinopla los miembros de la Cuarta Cruzada, ya que la conquista puso en circulación un verdadero torrente de reliquias que no tardaron en inundar el mercado —contándose entre ellas grandes cantidades de duplicados de algunas de las que ya eran objeto de veneración en Occidente—. ¹² No se trataba de ningún fenómeno nuevo. La Lanza Santa hallada en 1098 en Antioquía ya había tenido que competir con la Lanza Santa que se hallaba expuesta en Constantinopla y que los propios cruzados habían podido contemplar apenas un año antes. Sin embargo, el aluvión de reliquias bizantinas surgido después de 1204 contribuyó a exacerbar al máximo el problema. Las personas que recibían objetos procedentes del pillaje de la ciudad tenían que asegurarse de que se trataba de reliquias auténticas y no de imitaciones conseguidas a cambio de dinero. Rostang, un monje de la gran abadía borgoñona de Cluny, consigna con todo cuidado las circunstancias que acompañaron la donación al monasterio de la cabeza de san Clemente en 1206. ¹³ Con el fin de establecer las credenciales de la reliquia, el donante —un señor de la localidad llamado Dalmacio de Sercy— ofreció a Rostang un detallado relato oral de los pormenores de la localización de la cabeza y la habilidosa forma en que había sido robada más

tarde ante las mismas narices de sus custodios griegos. El escrito de Rostang constituye una lectura muy entretenida, pero el objetivo de su consignación residía en probar la autenticidad de la reliquia y la legitimidad de sus nuevos propietarios. El problema de las falsificaciones se consideraba de tanta gravedad y difusión que el IV Concilio Eclesiástico General de Letrán, celebrado en 1215 en Roma, promulgó un decreto para embridar la industria de la fabricación de reliquias. A partir de ese momento, la autenticidad de todas las reliquias que fueran objeto de una reciente veneración debía ser confirmada por el papa. Lo que se perseguía era evitar que los fieles resultaran engañados «por relatos mendaces o falsos documentos, como con tanta frecuencia ha ocurrido en muchos sitios a causa del afán de lucro» —afán contra el que ni siquiera el sistema de autenticación de reliquias de la curia pontificia se hallaba inmunizado—. ¹⁴ Había sido una suerte que Rostang de Cluny se hubiese tomado la molestia de recoger la información relativa a las andanzas de la cabeza de san Clemente. Tanto Rostang como los padres que asistían al IV Concilio de Letrán eran conscientes de la importancia que tenían los documentos escritos.

La gran difusión que habrán de conocer en el siglo XII los registros documentales afectó profundamente tanto a la administración de justicia como al ejercicio del gobierno, ya que las anotaciones y legajos irían imponiéndose gradualmente al recuerdo como moneda de curso legal en buena parte de lo relacionado con el pasado. ¹⁵ Los lugares en que se hace más patente la nueva cultura del documento escrito son los archivos oficiales y los nuevos departamentos administrativos, como el gabinete de auditorías de los reyes de Inglaterra que conocemos con el nombre de Exchequer (*c.* 1106-1110) y cuya denominación procede de los ábacos bidimensionales que se empleaban para calcular los montantes de las obligaciones tributarias y los ingresos. ¹⁶ Las cuentas del Exchequer se fijaban a un conjunto de rollos de pergamino. A finales de ese mismo siglo, se empezaron a conservar también en un conjunto de archivos centrales copias de las sentencias dictadas en los litigios de la corona, así como otros documentos diplomáticos y administrativos —y no solo en Inglaterra—. Y como el sistema les funcionaba bien a los reyes, tanto sus súbditos más acaudalados como los miembros de la socie-

dad en general comenzaron a imitar el procedimiento. A principios del siglo XIII, como muy tarde, los agentes encargados de proceder al reclutamiento de combatientes para las cruzadas empezaron a elaborar listas con los nombres de las personas que decidían abrazar la Cruz.¹⁷ Y según parece, un siglo antes los cabecillas de la Primera Cruzada llevaban un registro escrito con las cantidades entregadas a sus seguidores en concepto de soldada.¹⁸ Tanto en el mundo del derecho como en los ámbitos del comercio y la gobernación, ya fuera en el plano general o en el local, los estándares de los materiales probatorios y de los registros documentales fueron ganando en objetividad, convirtiéndose en tal sentido en elementos de mayor racionalidad.

Al igual que en la escritura, también en la medicina, la arquitectura y la ingeniería venían a confluír los aspectos intelectual y empírico del razonamiento. Pese a que las teorías expuestas en el siglo II d. C. por el médico y filósofo griego Galeno, así como el principio de los cuatro humores, siguieran dominando los presupuestos teóricos relativos al funcionamiento del organismo, lo cierto es que se reconocía que el papel de los médicos instruidos era superior al de los rudimentarios mata-sanos, sangradores y barberos y que la medicina occidental desarrolló ciertos procedimientos prácticos que, pese a no curar casi nunca las enfermedades, sí lograban al menos aliviar los síntomas. En este período asistimos a la proliferación de hospitales y centros para enfermos terminales —un período en el que los cuidados paliativos y la utilización de hierbas medicinales se unirán a los tratamientos no intervencionistas basados en el descanso y la administración de una dieta adecuada—. Algunas experiencias conducirían a la consecución de modestos avances curativos, fundamentalmente en el ámbito de las heridas producidas en el campo de batalla y sobre todo en la época de las cruzadas. Además de aplicarse los preceptos académicos de las facultades de medicina de las universidades, como la de Salerno, en Italia, y de emplearse los conocimientos comunes a los practicones y las enfermeras, también se contaba con la información que procuraban los experimentos médicos que realizaban de cuando en cuando algunos individuos audaces de ánimo proclive a la indagación. Se esperaba asimismo que los procedimientos quirúrgicos básicos se vieran coronados por el éxito.¹⁹ Por de-

sencaminadas o involuntariamente homicidas que pudieran resultar sus manipulaciones, lo cierto es que los doctores de la Edad Media creían atenerse a criterios racionales. Dado que la curación era algo que quedaba en cualquier caso fuera de su alcance, resultaba muy difícil que el elevado índice de fracasos de sus tratamientos les indujera a dejar de proceder como venían haciendo. Sin embargo, había ciertas dolencias que podían abordarse desde una perspectiva de carácter más intelectual que empírico. En un estudio realizado en la década de 1220 sobre el suicidio de un adolescente en Colonia, el monje cisterciense Cesáreo de Heisterbach establece una distinción moral entre la depresión (concebida como un acceso de «tristeza y desesperación», *tristitia et desperatio*) y la demencia —«en la que no rige la razón»—. En caso de que se quitaran la vida, las víctimas del primer mal no podían esperar el perdón divino, mientras que los locos, es decir, las personas que padecieran una «pérdida de las facultades mentales» (*mentis alienatio*), merecían en cambio una cierta misericordia.

Y aunque en este caso Cesáreo sitúe la diferencia clave en la presencia o ausencia de las cualidades racionales, el reconocimiento de la característica depresión adolescente indica que ya por entonces se observaban los fenómenos de la existencia a través del prisma de un sentido común que, pese a revelarse todavía algo tosco, poseía no obstante un alcance bastante amplio.²⁰

Los arquitectos, ingenieros, albañiles y carpinteros no desempeñaban su labor basándose en meras conjeturas ni le hacían ascos a la planificación conceptual. Pese a no hallarse exento de excentricidades (como la consistente en señalar que el metal de las herramientas ha de templarse con la orina de chiquillos pelirrojos), el tratado de principios del siglo XII titulado *De Diversis Artibus* reconoce que es necesario hacer uso de la razón al describir las técnicas de la pintura, la metalurgia y la artesanía del vidrio. Todos los procesos de fabricación, desde la fundición de una campana a la construcción de un órgano, se realizan de acuerdo con una lógica. La exposición de los trabajos del hierro viene precedida por una relación de los pasos a seguir para crear un taller y un horno.²¹ Como es obvio, estas técnicas metalúrgicas son de una gran relevancia para la guerra, ya que gracias a ellas se fabrican armaduras,

armas, herraduras y clavos. No menos evidente resulta la importancia de la carpintería para la construcción de máquinas de asedio, que también demandaba la contribución de ingenieros cualificados. La historia de las cruzadas aparece salpimentada con explicaciones relativas a ese tipo de ingenios y a sus artífices. Entre estos últimos encontramos claramente a personas que se dedicaban profesionalmente a esa labor. En el cerco impuesto a Nicea, en el Asia Menor, entre mayo y junio de 1097, se pagaron a un lombardo, «maestro e inventor de grandes máquinas de asedio», quince libras en dinero de Chartres (cuyo valor era posiblemente equiparable al de una cuarta parte de su equivalente en libras esterlinas, con lo que estamos ante una suma correspondiente a un ingreso anual verdaderamente decente) por la construcción de un escudo protector, conocido con el nombre de «gato», para los sitiadores.²² Algunos expertos poseían la doble versatilidad de su experiencia práctica como ingenieros y una educación de élite. En 1218, durante el asedio que impusieron los integrantes de la Quinta Cruzada a la ciudad de Damietta, en el delta del Nilo, Oliverio de Paderborn, un erudito formado en París, que además de oficiar como propagandista y redactor de crónicas acabaría siendo cardenal, concibió una torre de asalto anfibia, una especie de fortaleza flotante.²³ Lo que no sabemos es si la aritmética y la geometría del *Quadrivium* le ayudaron a diseñar esta obra de ingeniería o si se trató simplemente de un pasatiempo privado. En cualquier caso, lo que sí está claro es que estas capacidades no se consideraban propias de ningún *déclassé*. Los canteros profesionales gozaban de una posición social relativamente elevada. Los arquitectos disfrutaban de una consideración nada desdeñable. En la década de 1170, un francés llamado Guillermo de Sens, un «artesano extremadamente hábil en el trabajo de la madera y la piedra», pasó a ser el diseñador de la remodelación de la catedral de Canterbury tras ganar un concurso internacional.²⁴ Un maestro albañil inglés llamado Mauricio obtuvo sus credenciales trabajando en el torreón de Newcastle en esos mismos años, llegando a convertirse en el primer ingeniero (*ingeniator*) del castillo de Dover. En esta última obra recibía una paga de un chelín diario, lo que sugiere que sus ingresos anuales le situaban prácticamente en la clase de los caballeros. Además, también recibía dádivas económicas de

manos del rey.²⁵ Estos hombres y sus profesiones también disfrutaban del particular lustre que les confería el hecho de hallarse rodeados de un halo de prestigio reflejo. El Dios Creador aparecía iconográficamente representado como el artífice del universo, y en las imágenes se le veía incluso con un compás.²⁶ Y Jesucristo había sido carpintero.

Sea como fuere, tampoco nos encontramos en un mundo en el que la libertad de pensamiento careciera de trabas. Se aceptaba la faceta útil de la racionalidad, pero no se la elevaba a la categoría de ídolo laico. Había límites que frenaban el radio de acción de la especulación y el análisis. Pese a que los teólogos recurrieran a la argumentación racional —por ejemplo en los debates teológicos que se organizaban entre judíos y cristianos—,²⁷ toda competencia entre la razón y la revelación podía generar víctimas. Abelardo fue excomulgado por hereje.²⁸ A finales del siglo XIII, la Universidad de París dedicó mucho tiempo y esfuerzos a tratar de definir los topes de cualquier incursión que la filosofía racional deseara efectuar en el terreno de la teología, siendo célebre el debate sobre la cuestión de si Dios podía hacer o no cosas que resultaran naturalmente imposibles. Contrariamente a lo que sostenían las tesis oficiales, había en París algunos filósofos que pensaban que no le era posible hacerlas.²⁹ En realidad, la vigilancia y el control del pensamiento no constituía más que uno de los aspectos esotéricos del marco mental que ceñía el ejercicio de la razón. La adivinación y la predicción señalaban otro de sus límites. Se aceptaba que la indagación racional era necesaria para entender el mundo natural y alcanzar a controlarlo así de la mejor manera posible. Si el mundo funcionaba de una forma ordenada y observable, debía resultar posible predecir, mediante la aplicación de la razón, sus movimientos y acontecimientos futuros. Algunas de las mejores cabezas de la época practicaban la magia, la alquimia y la astrología como formas de investigación racional con las que penetrar en el funcionamiento del mundo natural. Adelardo de Bath (c. 1080–después de 1151) escribió o supervisó la producción de obras sobre Euclides y Boecio, así como textos relacionados con el estudio de las ciencias naturales, el manejo del ábaco y la cetrería, sin olvidar sus contribuciones a la traducción de escritos árabes de carácter astronómico y astrológico. En su búsqueda de nuevos libros, Adelardo realizó extensos viajes por el

Mediterráneo. Para comprender el funcionamiento de las cosas prefirió insistir más en la primacía de la razón, haciendo gala de un gran espíritu empírico, que en el examen de las autoridades antiguas o las afirmaciones bíblicas. Según se dice también solía elaborar horóscopos ataviado con un particular manto verde y adornado con un anillo.³⁰ Para Adelardo y sus contemporáneos, la adivinación y la razón no eran elementos opuestos, sino dos aspectos de un mismo empeño intelectual basado en la indagación racional, un punto de vista que también habría de compartir, mucho tiempo después, Isaac Newton, otro estudioso de la alquimia.

Y si a algo contribuían los fracasos de la predicción era justamente a socavar la confianza en la primacía de la razón, lo que irónicamente hacía que la verdad revelada, la exégesis de las Escrituras, los remedios secretos legados por los antiguos, las conjeturas y las oraciones fuesen las únicas alternativas a las que recurrir. En su tratado titulado *De commendatione fidei* (de mediados o finales de la década de 1170), Balduino de Forde* lanzó un ataque directo contra la utilización predictiva de la razón y contra el empleo de pruebas, experimentos y experiencias —como ocurría por ejemplo en el terreno de la medicina o en el mundo de los marinos y los granjeros—. Parte de su ofensiva iba dirigida contra el hábito de «los hombres prudentes del mundo» que realizan predicciones sobre la guerra y la paz «basándose en lo que recuerdan haber oído y visto», un comentario que viene a ser una versión medieval del dicho que sostiene que los generales tienden a librar las batallas de la última guerra conocida, no las de la contienda en la que realmente se hallan inmersos. «En todos los casos, y en otros similares en los que también interviene el uso de las facultades humanas, el juicio es incierto [...], lo que arroja un resultado dudoso y un desenlace variable.» La doble diana contra la que Balduino lanza sus dardos es la que forman la confianza en las «facultades humanas» (*humana ingenia*) y las presunciones relacionadas con la causa y el efecto. «Los experimentos de los médicos son falsos, las pruebas adolecen de ambigüedad, el parecer de los hombres se revela escasamente fidedigno y las previsiones

* También conocido como Balduino de Exeter (c. 1125-1190). (*N. de los t.*)

humanas resultan inciertas.» En el transcurso de su carrera eclesiástica, Balduino había ingresado en el Císter, una orden que abrigaba congénitas sospechas sobre la fiabilidad de los debates racionales de los escolásticos. Balduino concluirá su crítica afirmando que la revelación del Espíritu Santo y los profetas mayores «se hallan por encima de cualquier razonamiento humano y superan todo cuanto pertenezca al mundo natural». ³¹

Por todo ello sería difícil considerar a Balduino un férreo partidario de la vida intelectual. Su vinculación con los monjes cistercienses le permitió acceder rápidamente a los cargos de abate y obispo, convirtiéndole finalmente en arzobispo de Canterbury (1184-1190), puesto desde el que se enzarzaría en una feroz disputa con los monjes de su propia congregación a causa del empleo de los ingresos diocesanos. Actuó asimismo como diplomático y árbitro en varias controversias políticas del más alto nivel. El mordaz escritor Gerardo de Gales, que conocía bien a Balduino, haría circular, no sin cierta inmisericordia, un claro aforismo sobre su persona: «fervoroso monje, abate celoso, tibio obispo y arzobispo negligente». No obstante, su arrumbamiento de la razón y la colocación de la misma por debajo de la revelación era algo enteramente habitual entre las más altas instancias del clero culto. Sin embargo, en la práctica no desestimó por completo la importancia de la experiencia. De acuerdo con lo que nos refiere Gerardo, que viajó con el arzobispo, en una ocasión en la que ambos realizaban una gira por Gales para predicar la Cruz y reclutar efectivos para la Tercera Cruzada —en abril de 1188—, Balduino insistió, en un profundo valle próximo a Carnarvon, en que la partida que él mismo dirigía desmontara y se pusiera a caminar «con el fin de experimentar, al menos en la intención, lo que consideramos que habremos de sentir cuando vayamos en peregrinación a Jerusalén». ³² Ni siquiera a los ojos de este monje y arzobispo levemente adusto vienen la razón o las pruebas empíricas a interponerse entre el hombre y Dios, ya que él mismo considera que siguen siendo herramientas útiles, sobre todo en la trascendental causa de la recuperación del santo Sepulcro.

El caballero aficionado a razonar era un individuo que gozaba de reconocimiento y respeto. Isidoro de Sevilla, el gran enciclopedista de la tardía erudición clásica del Occidente medieval, asociaba el heroísmo con dos cualidades de la retórica: *sapientia* y *fortitudo*, sabiduría y fortaleza o valentía —o dicho en términos militares: conocimiento y destreza—. Los autores de épocas posteriores no tardarían en colmar de adornos al binomio, hablando de comedimiento e imprudencia, de precaución y audacia. En el *Cantar de Roldán*, el trascendental poema épico en lengua vernácula de principios del siglo XII, son los compañeros de armas Roldán y Oliveros quienes encarnan estos atributos complementarios: «*Roland est proz et Oliver est sage*», uno es puro desafío y testarudez, aunque noble hasta la médula, mientras que el otro se comporta de forma pragmática y da pruebas de un heroísmo menos extravagante. En una de las más tempranas crónicas de la Primera Cruzada, recogida en una obra anónima conocida como *Gesta Francorum et aliorum Hierosolymitanum* («Gesta de los francos y otros peregrinos de Jerusalén», compilada en torno al año 1104) se enumeran las cualidades de Bohemundo de Tarento, uno de los héroes del libro, destacándose su talento como general, visible en primer lugar en su sabiduría (o quizá en su experiencia y conocimiento) y en su prudencia, seguidas de la fuerza de su personalidad y su presencia, de su fuerza, de sus numerosos éxitos, de su pericia en la elaboración de planes de batalla y de su habilidad para hacer maniobrar a las tropas. Además de los convencionales epítetos guerreros como los asociados con el coraje, la fortaleza, la belicosidad, etcétera, se califica frecuentemente a Bohemundo diciendo que es un hombre sabio (*sapiens*) y prudente (*prudens*) que cuenta con más experiencia y habilidad que cualquiera de sus iguales (*doctissimus*).³³ Pese a que su caracterización se halle desprovista de matices específicos, la elección de los epítetos difícilmente podría considerarse carente de significado, sobre todo teniendo en cuenta que el relato de la cruzada se hallaba repleto de ejemplos de la insensata intervención humana, como los desastres que acompañaron en 1096 a la primera oleada de cruzados capitaneados por Pedro el Ermitaño; o la cuasi calamitosa separación

de los contingentes cruzados antes de la batalla que se libró contra los turcos en Dorileo en julio de 1097... En el popularísimo hermosteamiento de la *Gesta Francorum* que realiza Roberto de Reims (1106/1107) se refuerza la imagen de Bohemundo como soldado reflexivo y se le presenta como un hombre circunspecto, prudente e inteligente (literalmente «capaz de mente»), astuto, perspicaz (literalmente «que mucho ve»), extremadamente sabio y elocuente.³⁴ Otro de los autores que intervienen en la redacción de la *Gesta Francorum* (en c. 1105), Balderico de Bourgueil, incluye una escena en la que Bohemundo destaca lo importante que es la prudencia (*prudentia*) en los tratos con los griegos.³⁵ Y toda competencia técnica en el arte de la guerra, o *ars bellica*, que vaya más allá de la simple capacidad de partir cráneos se presenta como una cualidad admirable.³⁶ Y únicamente se atribuyen con regularidad estas virtudes a Bohemundo, el héroe de estos relatos.

Los tipos literarios imitaban la realidad. Uno de los comandantes de la Primera Cruzada, Balduino de Boulogne, que posteriormente sería coronado rey de Jerusalén con el nombre de Balduino I (1100-1118), tenía una correcta educación en materias liberales (*liberalibus disciplinis*), pero en realidad constituía una excepción, ya que no era primogénito y en principio estaba destinado a la carrera eclesiástica.³⁷ Resulta imposible saber hasta qué punto era excepcional su caso, ya que nos hallamos en una época de elevados índices de mortandad. Más significativo es quizá el evidente valor que se asignaba a los soldados que daban muestras de un pensamiento meticuloso, es decir, que hacían uso de su racionalidad, aunque no fuesen necesariamente un ejemplo de capacidad académica. El detallado análisis de las crónicas del siglo XI que efectúa P. van Luyn ha descubierto que el adjetivo *prudens* no empieza a aplicarse sino en el caso de los caballeros pertenecientes a la generación de la Primera Cruzada, aunque después pasa a convertirse en la descripción más frecuente y singular. A partir de entonces la imagen del combatiente reflexivo se transforma en un lugar común.³⁸ En el contexto de las cruzadas existía una particular razón de carácter no militar para este comportamiento. Los promotores clericales de las cruzadas intentaban presentar este empeño como un medio capaz de canalizar la habitual violencia de la clase caballeresca, cada vez más resuelta y

segura de sí misma, hacia fines relacionados con el bien común y la salvación personal. Y para que esta conversión tuviera alguna validez, tanto en el terreno jurídico como en el literario, tenía que tratarse de una transformación consciente, de una auténtica decisión racional y ponderada. Esto es lo que se desprende de los numerosos acuerdos que permitían a los monasterios proporcionar dinero en efectivo a los cruzados que partían a la guerra a cambio de sus propiedades. En ellos se dice habitualmente (por parte de los monjes, no de los seculares mismos) que los laicos eligen viajar a Jerusalén para expiar sus pecados y salvar sus almas. La más célebre expresión literaria de este modelo es la que figura en la crónica que escribe Rafael de Caen a principios del siglo XII sobre las hazañas cruzadas de Tancredo de Lecce, sobrino de Bohemundo. Por un lado se presenta a Tancredo con los rasgos propios de un bárbaro homicida. Pero también se dice que poseía un *animus prudens*, esto es, un alma o un entendimiento sensible, y que eso le había permitido poner en duda su vocación militar laica, inclinándole a aceptar la oferta de redención que le abría el compromiso con la cruzada.³⁹ Y Tancredo no era el único. Los soldados de carácter reflexivo y tendencias contemplativas no eran un simple producto de la imaginación de los propagandistas. Según parece, Enrique II de Inglaterra odiaba las guerras que se veía obligado a librar.⁴⁰ Hace más de cuarenta años, Alexander Murray llamó la atención sobre el gran número de fundadores de órdenes religiosas, o de individuos pertenecientes a ellas, que experimentaron, en los siglos XI, XII y principios del XIII, una conversión a la vida monástica asociada, en mayor o menor grado, con un rechazo consciente de la cultura bélica en la que anteriormente habían vivido inmersos —y la lista que elabora Murray incluye a personajes como el abate Hugo de Cluny (1049-1109), Bernardo de Claraval (fallecido en 1153) y Francisco de Asís (fallecido en 1226)—.⁴¹ Como en el caso de Tancredo, la concreta exactitud de estos relatos de carácter abiertamente hagiográfico resulta aquí menos relevante que el hecho de que se animara al público a considerar que esos estereotipos heroicos eran perfectamente verídicos.

No estamos hablando aquí de cualquier persona dotada de la simple capacidad de blandir una espada, un hacha o una lanza. A partir de la segunda mitad del siglo XI, y sobre todo en las regiones francófonas de la

Europa occidental, el término empleado para designar a los soldados de caballería fuertemente armados, conocidos como *miles*, o caballeros, comenzó a quedar paulatinamente asociado con una clase social, no con una función bélica. Los nobles cada vez se definían más por su identidad militar, y dan fe de ello las imágenes de los sellos que usaban, los monumentos que construían, el desarrollo de sus escudos heráldicos (en los que se hablaba de su excelente linaje y su notable posición), o el creciente entusiasmo que despertaban los torneos —una mezcla de representación teatral, entrenamiento militar y afirmación de la excelencia social—. Al actuar como testigos en la rúbrica de un contrato, los nobles se referían a sí mismos con la palabra «caballero» (*miles*), y los propios cronistas los describen así en todas partes. La asociación del poder social con el rango de caballero se hacía evidente en los campos de batalla y en los tribunales de justicia, donde los caballeros actuaban como jueces y jurados; en los estamentos administrativos, en los que los caballeros prestaban sus servicios como agentes centrales o locales de los reyes, los príncipes y los barones; y en el emergente género literario de los poemas épicos y los romances. Pese a que el equipamiento y la instrucción de un soldado de caballería profesional requiriera el concurso de unos buenos caudales o el respaldo de un mecenazgo, la reivindicación de la relevancia caballeresca iba más allá de la capacidad económica de los particulares. La función militar consistente en combatir a caballo revestido de pies a cabeza de una armadura pasó a convertirse en el emblema de una élite cultural y social, una élite caracterizada por unas determinadas costumbres en materia de gusto, expectativas y conducta. En términos generales, y sin dejar de reconocer las variaciones regionales que presenta la naturaleza, el grado y el ritmo de este cambio, lo cierto es que a finales del siglo XII estos atributos culturales acabaron fusionándose hasta alumbrar un código de conducta tan sutil como diáfano: el de la caballería andante. El ingreso y la pertenencia a esa clase quedaban definidos por la ceremonia en la que se armaba caballero al candidato, un acto que establecía una clara separación entre el distinguido con ese honor y el resto de la población. En el año 1100 todos los nobles eran caballeros, aunque no todos los caballeros —*militēs*— fueran nobles. En 1200 esto había cambiado: se aceptaba de manera generalizada que todos los individuos que hubie-

ran sido armados caballeros pertenecían a la nobleza, siendo por tanto superiores a los demás en términos sociales, aunque no siempre lo fueran también en el plano económico. Y esa superioridad se mantenía incluso frente a los hombres libres, excluidos de la clase caballeresca, que luchaban a caballo pero carecían de la condición de caballeros.⁴²

Si la imagen del caballero reflexivo resultaba creíble se debía a la educación que podían recibir esos nobles. Anselmo de Ribemont, un cabecilla de segundo orden de la Primera Cruzada, enviaba cartas a casa, indudablemente dictadas a un amanuense, y descollaba por su gran afición al conocimiento. Otro caballero de la Primera Cruzada, Ponce de Balazun, contribuyó a compilar una crónica de la expedición.⁴³ Y uno de los caballeros que participó en el saqueo de Jerusalén el 15 de julio de 1099, el normando Ilger Bigod, había estudiado en la escuela de la abadía de Bec con el gran teólogo Anselmo —que más tarde habría de ser nombrado arzobispo de Canterbury—. Tiempo después se dijo que Ilger, que había permanecido durante una época en Siria como mariscal de las tropas que Bohemundo tenía acantonadas en Antioquía, había logrado confirmar la autenticidad de las reliquias halladas en esa región mediante la consulta de una serie de textos escritos. Es casi seguro que el mismo Bohemundo dominaba el griego hasta el punto de poder hacer juegos de palabras en ese idioma. Según parece, Gregorio Bechada, uno de los caballeros que seguían a otro veterano de la Primera Cruzada, sabía latín, dedicando doce años de su vida a traducir una crónica de la gesta a la lengua vernácula del sur de Francia, «a fin de que el populacho alcance a comprenderla en toda su extensión». Tres generaciones más tarde, da la impresión de que Enrique II de Inglaterra era capaz de conversar en muchas de las lenguas que se hablaban «entre las costas de Francia y las orillas del río Jordán». ⁴⁴ En aquella época las competencias lingüísticas constituían un logro mucho más aristocrático que en nuestros días, circunstancia que era en parte una consecuencia natural de la movilidad internacional de que disfrutaba la nobleza y el clero, de la ausencia de fronteras nacionales y de la existencia de regiones políglotas. El imperio de Enrique II se extendía desde los montes Cheviot y Dublín hasta los Pirineos, y el de su contemporáneo alemán Federico Barbarroja cubría los terrenos comprendidos entre el Báltico y

el centro de Italia. Las personas nacidas para gobernar recibían por tanto la educación que su función requería.

También era frecuente que las mujeres nobles, como la madre y la esposa de Esteban de Blois, otro de los comandantes de la Primera Cruzada, contaran con una buena educación, y de hecho solían estimular y difundir el conocimiento en el seno de sus familias, asumiendo en ocasiones el mando y ejerciendo la gobernación, bien como delegadas de sus parientes masculinos, bien por derecho propio. Al ir penetrando la cultura escrita en el sistema jurídico y la administración política creció rápidamente el número de seglares a los que se precisaba dotar, como mínimo, de las competencias necesarias para actuar como lo que se ha dado en llamar «lectores útiles», esto es, como individuos provistos de la capacidad de leer y entender los documentos oficiales redactados en latín. En la Inglaterra del siglo XII, los gobiernos de Enrique I y Enrique II pasaron a depender cada vez más de los seglares, a quienes encargaban la tarea de actuar como jueces reales y funcionarios económicos. Los tres jefes del aparato administrativo de Enrique II, llamados *lores justiciars*, eran laicos, y dos de ellos procedían de la clase caballeresca, no de las filas de los barones. Los agentes locales del rey, como los comisarios ingleses (*sherriffs*), o los *baillis* de Francia, también tenían que saber leer para hacer su trabajo, aunque siguieran afirmando su posición social por medio de sus acreditaciones bélicas. Pese a que en el norte de Europa los niveles de alfabetización hubieran empezado a crecer, aupados por el arraigo de la cultura escrita, cada vez más firme, lo cierto es que la educación formal culta debía de ser probablemente más común en el sur de Francia y en Italia. Se ha observado, con razón, que la vida de la gente en general dependía en algunos aspectos de la capacidad de leer y escribir, aunque fuera la de otros, y todo el mundo conocía a alguien que sabía leer.⁴⁵

En los peldaños más elevados de la escala social, ni los grandes señores ni los reyes podían operar con eficacia en caso de no contar con una alfabetización básica. Algunos de ellos, como los gemelos Beaumont de Inglaterra y Normandía, superaron ese nivel fundamental. Galerano de Meulan (1104-1166) y su hermano gemelo, Roberto de Leicester (1104-1168) se hicieron célebres por su buena educación y su

precocidad académica, pese a que la juvenil demostración que hicieron al defender su propia causa en el debate que mantuvieron con los cardenales del reino en 1119, siendo todavía adolescentes, resultara aún más deslumbrante debido a su condición de hijos del recientemente fallecido ministro principal de Enrique I y de mimados favoritos del rey mismo. Galerano leía documentos latinos e investigaba con ellos —documentos que además estaban probablemente escritos en verso—, y formaba parte, al igual que su hermano, del núcleo de un activo círculo literario y filosófico. También se definió a sí mismo como una figura militar, fue uno de los primeros nobles que recurrió al uso de la heráldica y luchó en la Segunda Cruzada. Roberto parece haber tenido inclinaciones de corte más filosófico y jurídico, y fue tenido en gran estima por su condición de administrador metódico y erudito —hasta el punto de culminar su carrera como lord justiciar de Enrique II y de destacar en este puesto por sus competencias forenses—.⁴⁶ Aun admitiendo que es muy posible que los gemelos Beaumont poseyeran dotes excepcionales, tanto desde el punto de vista social como académico, lo cierto es que nadie consideraba incongruente que los caballeros y los jefes militares contaran con una buena educación. A mediados del siglo XII, los aristócratas laicos provistos de una sólida fortuna personal no solo leían libros, sino que los encargaban y lograban que se les dedicaran. El mecenazgo de las clases nobles de la caballería fue el elemento en el que se sustentó la explosión de la poesía y la prosa en lengua vernácula. Godofredo de Villehardouin, mariscal de la región de Champaña, o el caballero picardo Roberto de Clari, elaboraron crónicas vernáculas propias (en las que narraron, tanto uno como otro, los hechos de la Cuarta Cruzada —1201-1204—, en la que ambos habían combatido). Como es obvio, más allá de los fundamentos necesarios para poder leer, la adquisición de una educación superior era ya un asunto personal. Había entonces, al igual que ahora, muchos miembros de las clases dirigentes que se desentendían del cultivo de la mente y preferían pasatiempos menos cerebrales. Pese a que las crónicas dicen que Dalmacio de Sercy, el hombre que había arrebatado a los griegos la cabeza de san Clemente, era un hombre de muy notable educación (*valde literatus*), la consideración con la que ha pasado a la historia su compañero cruzado es

simplemente la de haber sido un buen tipo (*virum fidelium et bonum socium*).⁴⁷ Gualterio Map, mordaz e incisivo observador de la bufonesca corte de Enrique II, se manifiesta desesperado ante la general indiferencia y desdén que muestran los miembros de la aristocracia inglesa hacia el conocimiento. Sin embargo, su presunto interlocutor era Arnulfo de Glanville (fallecido en 1190). Glanville, que era un noble laico perteneciente a la clase de los caballeros y había combatido al servicio de su rey hasta perder la vida en el asedio de Acre, durante la Tercera Cruzada, había desempeñado además los cargos de comisario y juez de la corona, siendo en la época de su conversación con Map ministro principal del soberano, circunstancias todas ellas que le definen como hombre de acción y conocimiento.⁴⁸

Uno de los dichos populares del siglo XII afirmaba lo siguiente: «*Rex illiteratus, asinus coronatus*», «un monarca iletrado es un asno coronado». ⁴⁹ No hay duda de que en el siglo XII se esperaba que los gobernantes poseyeran la alfabetización necesaria para poder leer, al menos en su propia lengua vernácula. Para supervisar desde los más elevados puestos de responsabilidad las acciones de una administración basada en la cultura escrita resultaba esencial ser capaz de bregar con esta forma de organización. Los padres solícitos contrataban tutores inteligentes. Y algunos monarcas, como los dos líderes de la Tercera Cruzada, Federico Barbarroja, rey de Alemania, y Ricardo I de Inglaterra, sabían latín.⁵⁰ Ricardo procedía de una familia de notables competencias académicas. Su tatarabuelo, Fulco IV el Pendenciero, conocido también como Fulco «el Malhumorado», conde del Anjeo (1067-1109), compuso una crónica de los acontecimientos de la época que le tocó vivir.⁵¹ Su hijo, el conde Fulco V (1109-1129, rey de Jerusalén entre los años 1131 y 1143), pese a hacerse célebre por su carácter distraído, fue muy elogiado por la paciencia y la circunspección que mostraba en los asuntos militares.⁵² Él mismo parecía creer —o sería mejor decir sus esposas— en la educación de sus hijos: Godofredo el Hermoso, conde del Anjeo (1129-1151), y los reyes Balduino III (1143-1163) y Amalarico de Jerusalén (1163-1174). Godofredo sabía leer latín, y de hecho, durante un frustrante asedio consultó una copia de un manual bélico tardorromano escrito por Vegetio. Un panegírico dedicado a su persona en esos años

señala su dedicación a las armas y al conocimiento (*studiis liberalibus*), añadiendo que estaba «excelentemente educado» (*optime litteratus*).⁵³ Godofredo se aseguró de que su hijo, llamado a convertirse con el tiempo en el rey Enrique II de Inglaterra (1154-1189), siguiera sus pasos y recibiera de un puñado de estudiosos de fama internacional una educación de primer orden.⁵⁴ Los hermanastros de Godofredo, nacidos después de que Fulco V renunciara al Anjeo para convertirse en rey consorte de Jerusalén, estaban cortados por el mismo patrón. Balduino III se ganó una buena reputación como intelectual y experto en cuestiones jurídicas, y todo el mundo sabía que le gustaba leer, escuchar relatos históricos y participar en conversaciones eruditas. Es posible que estos elogios se debieran en parte a los convencionalismos de la etiqueta cortesana, ya que a su hermano Amalarico, de carácter más siniestro, se le dedicaban comentarios casi idénticos. No obstante, Amalarico, como ya hemos visto, no temía poner en cuestión los fundamentos de la ortodoxia teológica. También él consideró importante conseguir al mejor de los tutores para su hijo, el futuro Balduino IV (1174-1185), y para ello contrató los servicios de Guillermo, posteriormente nombrado arzobispo de Tiro. Este último, un franco nacido en Jerusalén, había recibido una educación inmejorable en las facultades de París y Bolonia, y más tarde escribiría una detallada historia de los asentamientos occidentales de Siria y Palestina —legándonos así una de las más relevantes obras históricas de la Edad Media—.⁵⁵ Y si la corte de Jerusalén fomentaba la presencia de monarcas intelectuales, lo mismo cabe decir del entorno en el que se desenvolvían sus parientes europeos. Enrique II, hijo de Godofredo el Hermoso, hablaba latín y francés, y no solo le encantaba leer sino que le entusiasmaba dar claras muestras de su ciencia y vivo ingenio. Un testigo presencial de la época dice que su corte era «una escuela cotidiana en la que se trababa constantemente conversación con los mejores estudiosos y se debatían numerosos problemas intelectuales». ⁵⁶ Enrique también se aseguró de que sus hijos recibieran una buena educación y quedaran adecuadamente alfabetizados, educación que dejaría su impronta en algunos de ellos, cuando menos. Uno de sus panegiristas sostiene que las aptitudes intelectuales de Ricardo (que, según dice, poseía «la oratoria de Néstor y la prudencia de Ulises»)

eran insólitas en un caballero, aunque no por ello dejaron de ser percibidas y admiradas por todos —destacando en su caso el entusiasmado interés que sentía por la música—.⁵⁷ Según parece, Juan compartía el interés de sus parientes de Jerusalén por el derecho y los procedimientos jurídicos, mientras que el ilegítimo Godofredo, futuro arzobispo de York, desempeñó brevemente, por su parte, el cargo de canciller de su padre, lo que significa que se hallaba al frente de su gabinete documental.⁵⁸

No puede decirse que las extensas dinastías angevinas de Europa y Palestina se salieran totalmente de lo común. Su nivel educativo no solo era un reflejo de las prácticas aristocráticas sino que animaba a la imitación, distando mucho de resultar insólito entre las grandes familias de la nobleza y la monarquía de la época. De estas familias salían los comandantes y los planificadores de las cruzadas, que eran hombres experimentados y eruditos, imbuidos de una cultura basada en un militarismo informado y circunspecto y perfectamente capaces de concebir y organizar complejas operaciones militares. Si los consideramos en términos comparativos, es muy posible que muchos jefes medievales contaran con una educación superior a la de algunos de sus homólogos del siglo XIX, o incluso del XX. También contaban con el apoyo que les proporcionaba el asesoramiento de los clérigos cultos, que en la práctica totalidad de los casos procedían del mismo entorno social aristocrático y militar. El legado pontificio que acompañó a los miembros de la Primera Cruzada, Ademaro de Monteil, obispo de Le Puy (fallecido en 1098), vivió la experiencia militar en primera persona, tanto antes como durante la campaña.⁵⁹ El atractivo que tenía la cruzada para algunos de los más destacados intelectos de la época resulta suficientemente elocuente, ya que incidió tanto en Bernardo de Claraval como en las más encumbradas lumbreras de la Universidad de París, pasando por Inocencio III y los grandes frailes académicos del siglo XIII —de entre los que destaca la figura de Alberto Magno, predicador de la cruzada y traductor de Aristóteles—. Los responsables de la planificación de las cruzadas, que también participaron en su desarrollo, se cuentan entre las mentes más preclaras de la época. Y pese a que su presencia no fuera garantía de éxito, lo cierto es que su participación constituyó un freno para la sinrazón.

En una ocasión, otro dinámico intelectual, Gerardo de Gales, insistiría en la *prudentia*, entendida como una virtud del más alto valor práctico en la guerra, al proponerse elaborar un manual (poco original en líneas generales) con el que orientar el comportamiento de los príncipes. Bajo este concepto englobaba la pericia en la formación de las tropas, la capacidad de prever las tácticas del enemigo, la familiaridad con los manuales técnicos (y resulta verosímil pensar que Gerardo tuviese aquí en mente el tratado de Vegetio) y el conocimiento de las guerras pasadas, basado en el estudio de la historia. Después añade una exhortación en la que resalta la importancia práctica del conocimiento formal para ejercer con éxito el generalato. Sostiene que, de todos los príncipes victoriosos que había conocido hasta entonces la historia universal, dos eran los más destacados: Alejandro Magno y Julio César, señalando que ambos hombres habían hecho gala de una sobresaliente erudición académica (*litterarum eruditione*). Y para remachar su argumento, incluye los ejemplos de Carlomagno (768-814), el ilustre e icónico conquistador de buena parte de la Europa occidental, y de su tutor Alcuino. No resulta excesivamente sorprendente que un académico aconseje a los poderosos confiar en la erudición clásica como fórmula para alcanzar el éxito en el mundo. Del mismo modo, es preciso resaltar que las opiniones de Gerardo, pese a ser las de un hombre marginado cuyo carácter adolecía de una punta de amargura debido al fracaso de su carrera eclesiástica, se apoyaban en el parecer de otros muchos autores y resultaban en buena medida convencionales.⁶⁰ La vinculación que establece entre la razón y la guerra coincidía tanto con la opinión intelectual vigente en esos años como con las realidades sociales de la época, y lo mismo cabe decir de los ejemplos que esgrime, igualmente gratos al gusto popular. A los ojos de los contemporáneos de Gerardo, así como a los de quienes habían concebido un siglo antes la idea de organizar una guerra para conquistar Jerusalén, Carlomagno era el prototipo y el ideal del soldado de Cristo, el hombre que, según decían las leyendas, había sido el primero en liberar el Santo Sepulcro, arrebatándoselo a los infieles.⁶¹